colérico, y Oliver apura muchos vasos de Champagne para refrescar las ideas.

—Par diez, no hay mas que este medio, dice Gustavo, despojándose alternativamente del frac, chaleco y corbata. . . .

—¡Dios mio! . . . ¿qué va usted á hacer? gritan las muchachas tapándose los ojos. . .

—Voy á meterme en la cama.

—Que horror, ¡vá usted á meterse en la cama delante de nosotras!. . .

—Es un caso urgente, señoritas, y no deben ustedes reparar en una cosa tan insignificante. Por otra parte, me acostaré con los pantalones puestos.

—¡Mas cuál es tu proyecto? . . dice Oliver.

—Estoy enfermo de mucho peligro, y tú me sirves de enfermero. . .

—¡Buena idea! lo comprendo perfectamente. . . pero. . . ¡y estas señoras?

—Es necesario ocultarlas: no hay remedio.

—¡Y en dónde?. . . ¡ah! . . . ya me ocurre! . . . pueden caber perfectamente en este cuartito que sirve para tener la ropa.

—Yo iré con mucho gusto, dice Rosita.

—¡Dios mio!

Escóndense, pues, las dos mugerzuelas. Oliver despeja la sala del festin lo mejor que puede, de los residuos de la francachela, y mientras que se encasqueta Gustavo hasta los ojos un gorro de dormir, y se arropa con la manta casi completamente, se reviste aquel de una facha sentimental y compungida, y va á abrir la puerta.

—¡Cien escuadrones!. . . doscientas mil cartucheras, voy á echar la puerta abajo.

—Voy á abrir, voy á abrir; señor de Sopelano.

—¡Conque se resuelve usted por fin?. . . hace usted bien. . . cien cañones, tenerle á uno aquí tanto tiempo...

—Señor D. Jesus, dice Oliver abriendo la puerta, era usted muy dueño de marcharse.

¡Ah! ¡esperaba usted que yo me marchara? mil bombas. . . eso es lo que usted queria. . . pero habiéndome dado á conocer, me parece que. . .

—Por esto mismo no habria, caballero.

—¡Ah! ¿se atrevia usted?

—Si, señor. . . para. . . .

¿Para qué?

—Para guardar cierto miramiento con la paternal ternura de usted.

—¡Mi ternura!.. Já. . já. . cien escuadrones, á mi no se me comulga con ruedas de molino. . . al diablo con esa palabreria! . . dónde está mi sobrino?..

—Silencio, señor de Sopelano! . .

—¿Que diantre quiere usted decirme?

—Chiton! por favor!

—Mil fusiles! . . veamos á mi sobrino. . . pronto. . .

—Va usted á verlo inmediatamente. coronel; pero no meta usted esa bulla infernal, y venga de puntillas detrás de mí.

—¡Ah! se burla usted, ¡cien escuadrones!

—Oh! no tengo ganas de reir: ese infeliz Gustavo. . . allí se halla, coronel. . . pero ¡en qué estado gra n Dios!.

Acércase el coronel con precaucion á la cama de su sobrino, el cual durante el diálogo anterior, se habia frotado la cara con higos secos poniéndola amarilla y terrorosa. Examinólo con asombro el coronel, y Oliver vuelve el rostro á otro lado, porque le da fuertes ganas de reir el contrito y desfigurado semblante de su amigo.

—¿Qué es, pues, lo que tiene? dice por último el coronel Sopelano, examinando á Gustavo con aire incrédulo.

—¡Ah! coronel. . . ¡una fiebre cerebral!. . .

—¿Pero desde cuando la padece?

—Desde ayer.

—¡Ah! desde ayer. . . y sin duda para curar la calentura ha ido usted esta mañana disfrazado de inglés á petardear al dueño de un almacen de vinos.

—El medio ha sido bastante fuerte:

pero hallándose tan malo Gustavo. . .

—¡Mil lanzas! . . no se cura la calentura con Champagne!

—Seguramente; pero ese vino lo he tomado para fortalecer mis fuerzas á fin de poder velar á su sobrino de usted sin destallecerme.

—¡Y para adquirirlo deja usted en prenda á su criado?

—No teniamos otra hipoteca.

—Esponer á este pobre mozo á ser encarcelado, ¡voto á cien caballos!. . .

—Coronel, Patroclo se hizo matar por Aquiles; Polux está muerto la mitad del año por su hermano Castor; Orfeo bajó á los infiernos en busca de su muger; Telémaco hizo la misma caminata para encontrar á su padre: San Vicente Paul se hizo enviar á galeras por unas gentes que no merecian la pena; y Benito puede dormir en la cárcel por su amo.

—Aquí no se trata de Orfeo ni de Castor, ni de toda esa gente; se trata de mi sobrino, que, gracias á usted, no hace mas que disparates.

—Creo que usted me lisongea.

—¡Ha perdido el habla?

—Es que se halla en un sopor momentáneo, efecto del acceso que acaba de tener.

—¿Y qué demonios tiene en la cara?

—Los bultos que ha levantado la calentura.

—¿Ha llamado usted al médico?

—Todavia no.

—Cómo . . ¡estando su amigo malo de peligro! . .

—Es que no tenemos dinero para comprar los medicamentos que recete el doctor.

—¡Qué conducta! . . sin dinero para vivir. . . .

—Coronel, ese es percance que esperimentan hombres honradísimos.

—Mas usted que tiene un empleo... Pero tráiganos usted un médico al instante.

—Un médico. . . ¿para qué?

—¡Cien escuadrones!. . . ¡es singular la pregunta! Quiero saber que enfermedad es ésta. . . en todo caso no le dejaré aquí seguramente. ¡Mil bombas! ¡Qué desórden! ¡vestidos por el suelo! ¡platos debajo de la mesa!. . .

—Es que tengo un gato, coronel.

—¡Varios tapones! . . ¡Ah! . . ¡ah! . . ¿ha puesto usted tambien para su gato debajo de la mesa aquella bolsa de muger?

—¡Cáspita! . . Gracias á Dios que la encuentro al fin: es la bolsa de lamozuela que me hace la cama: esta mañana la anduve buscando mas de dos horas por el cuarto sin poderla hallarla, y la pobrecilla Frasquita creia haberla perdido en la calle.

—¡Hola! ¿conque la muger que le hace á usted la cama gasta bolsa de tanto lujo?

—¡Qué tiene eso de particular? todas las mugeres las llevan así.... es cosa que se ha hecho muy comun.

—Está bien; pero no pierda usted tiempo; tráigame usted un médico..... yo le aguardo al lado de mi sobrino.

—No tiene usted por qué incomodarse: está durmiendo el enfermo, y puede usted venir conmigo.... así encontraremos al médico con mas prontitud.

—Haga usted lo que le digo. ¡Mil caballos! . . Aquí me quedo . . . voy á probarle que soy hombre testarudo.

El coronel se enfadaba de veras, y no habia medio de hacerle cambiar de resolucion.

—Pardiez, dijo para sí Oliver; Gustavo y las dos mocitas saldrán del atolladero como Dios les dé á entender: yo he hecho cuanto podia hacerse, y me pongo en salvo.

No quedó Gustavo á sus anchas. Durante el diálogo de su tio con Oliver, habia estado á pique de soltar muchas veces la carcajada; pero se contuvo esperando que este saliese. Cuando vió marchar á Oliver, y sentado á su tio en medio del aposento, perdió el ánimo y estuvo tentado á echar al aire sábanas y mantas; pero se estuvo quieto por un resto de esperanza. La situacion se prolongaba demasiado, y temiendo que las mozue-

las hiciesen algun ruido, se decidió á elegir un término medio para distraer la atencion del coronel. Dá un tremendo suspiro y al oirlo Sopelano esclama.

---¡Ah! ¡ah! ¿con qué has despertado ya?...

---¿Cómo?... ¿se halla usted aquí, mi querido tio?

---Sí... me parece que no me esperabas... y á la verdad no hubiera venido si Benito no me hubiese dado las señas.

¡Ah!... con que... Benito... le ha dicho á usted...

---Despues de haberle dado veinte palos en premio de su silencio... y de ofrecerle otros veinte...

---¡Pobre Benito! ... desde que me sirve, el salario de los palos es el único que ha recibido.

---Creo que ya no deliras, Gustavo.

---Me siento mejor... y mañana tendré el placer de ir á casa de usted... si me ayudan las fuerzas.

---No, sobrino: ahora vendrás conmigo, sea á pié ó en coche... no quiero ser el juguete de tu fiebre... ¡Pero qué ruido es ese!

---Nada... no es nada: el doguillo de Oliver.

---¡Mil cartucheras!.. ¡un gato! ¡un doguillo! ¡Entonces vuestra casa es el arca de Noé!

---Oliver quiere mucho á los animales.

---¡Pero mil bombas! el doguillo no habla, y yo oigo cuchichear detras de esa puerta. ¡Cien cañones!

Acércase el coronel al cuartito, y Gustavo se incorpora para impedirle el paso, sin tener en cuenta que al destaparse enteramente mostraria los pantalones: vélos el coronel, y ya no duda de que ha sido juguete de una nueva calaverada; quiere enterarse de todas las circunstancias que le acompañan; corre al cuartito, y á pesar de las súplicas del sobrino, se abalanza á abrirle; pero está echado el cerrojo por dentro y no hay medio de penetrra en él.

—Hola, hola, gritó el coronel... parece que la moza que hace la cama á Oliver busca ahí dentro su bolsa!

Já... já... ¡Pero voto á Santiago! me quedaré aquí aunque sea hasta mañana, y conoceré á esa Frasquita... ¡Mil bombas!... no saldrá sin que yo la eche la vista encima.

Tal amenaza estremece á las prisioneras: estaba la costurera determinada á salir; pero Rosita que temblaba al coronel, contuvo á su compañera haciéndola un retrato horrendo de aquel hombron que en otro tiempo le habia dado un puntapié por haberla encontrado hablando con su sobrino. Por otra parte la costurera tenia vergüenza de ser hallada en el escondrijo; así es que la una y la otra permanecian sin dar muestras de querer salir. Con todo, su situacion era horrorosa y no debia ni podia prolongarse: se hallaban sumamente incómodas, y Gustavo que lo adivinaba, se sacrificó por ellas generosamente.

Levántase, y poniéndose en un momento el frac, chaleco y corbata, dice á su tio que está dispuesto á seguirle.

—¡Cien fusiles!... ¡mil casacas!... tunante!... pronto has sanado de tu fiebre!

—Ya vé usted, querido tio que arrostro su cólera; pero le suplico encarecidamente que respete el pudor de las virtuosas é interesantes señoritas, á la verdad bien inocentes, que no deben estar muy divertidas en ese cuartito: ruego á usted con encarecimiento por ellas y me atrevo á esperar que nos iremos sin verlas.

—Par diez, debiera suministrar un par de tandas de baquetas á esas *señoritas virtuosas* que se esconden en la casa de los calaveras; pero dejémoslas salir, y vámonos; si bien te aseguro que será esta la última comida que improvises á espensas de mi bolsillo, para tan modestas é inocentes mariposas.

VARIEDADES.

GUILLERMO TELL.

(CONTINUA.)

—¿Eso tambien?

—Ya que no he podido hallar piedad en los hombres, á lo menos pediré misericordia á Dios. Esto no se niega ni aun á los que suben al cadalso.

—Ea, pues, reza.

Arrodillóse Guillermo, y pareció absorto en su oracion, en tanto ataban el niño al árbol: quisiéronle vendar los ojos, pero él lo rehusó.

—¡Cómo! dijo Guillermo, interrumpiendo su plegaria, ¿no le vendais los ojos!

—Dice que quiere veros, gritaron los arqueros.

—Yo no quiero, exclamó Guillermo, yo no quiero, no tiro, porque puede hacer algun movimiento al ver llegar la flecha, y yo mataria á mi hijo. Walter, déjate vendar los ojos, mira, te lo pido de rodillas.

—Que me los venden, respondió el niño.

—Gracias, repuso Guillermo, enjugándose la frente, gracias, eres un buen muchacho.

—Animo, gritó Walter, ánimo, padre.

—Sí, sí, respondió éste, doblando una rodilla y armando la ballesta. Monseñor, dijo volviéndose á Guessler, aun es tiempo, evitadme un crímen y á vos un remordimiento. Decid que todo esto lo habeis hecho para castigarme, para probarme, y que ahora que veis cuánto he sufrido, me perdonais. ¿No es así, monseñor? En nombre del cielo, en nombre de la Vírgen ¡gracia! ¡perdon!

—Vamos, pronto, dijo el gobernador y no me causes mas. ¿No eres buen cazador? pues danos una muestra de tu destreza.

—¡Dios mio! tened piedad de mí, murmuró Guillermo levantando los ojos al cielo.

Entonces cogiendo la ballesta colocó la flecha, apoyó la culata sobre el hombro, levantó ligeramente el estremo delantero del arma, y cuando llegó á la altura regular, aquel mismo hombre que poco antes temblaba como la hoja en el árbol agitada por el viento, se quedó inmóvil, cual una estátua de mármol. No se oia un soplo, las respiraciones se habian suspendido, y todos los ojos estaban fijos. Salió el tiro y resonó un grito general de alegría; la manzana estaba clavada á la encina, y el niño sin lesion alguna. Guillermo quiso levantarse, pero vaciló, dejó caer la ballesta y dió consigo en tierra.

Cuando Guillermo volvió en sí, hallábase en brazos de su hijo. Cuando le hubo besado mil veces, volvióse al

bailio cuyos ojos brillaban de cólera.

—¿He hecho lo que queriais? preguntó Guillermo.

—Sí, respondió Guessler, eres un valiente arquero, y te perdono como te prometí, tu falta de respeto á mis órdenes.

—Y yo, monseñor, os perdono mis angustias de padre.

—Pero tenemos otra cuenta que arreglar entre los dos.

Tú socorriste á Conrado de Baumgarten, que es homicida y asesino, y debes ser castigado como cómplice suyo.

Guillermo miró en su derredor como si hubiese perdido el juicio.

—Arqueros, llevad ese hombre á la cárcel, pues para castigar el asesinato y la traicion, se necesita un proceso en forma.

—¡Oh! bien debe haber una justicia en el cielo, dijo Guillermo, y se dejó conducir al calabozo.

El niño Walter fué devuelto á su madre.

IV.

La noticia de lo que acababa de suceder, se divulgó en seguida, por todos los pueblos de las cercanías, y causó grande efervescencia. Guillermo era querido de todos, porque la dulzura de su carácter, sus virtudes domésticas y su desinteresado proceder en los agenos infortunios, le habian grangeado la estimacion y aprecio de pobres y ricos. Su estraordinaria destreza le valia una sencilla admiracion, por la cual se le miraba como un ser privilegiado. Así son los pueblos primitivos, obligados á alimentarse con el fruto de su habilidad y á defenderse con la propia fuerza, estas dos cualidades son las que mas distinguen al hombre y las que le elevan al rango de semidios. Hércules, Teseo, Castor y Polux, no tuvieron otra escalera para llegar al cielo.

A la media noche dieron cuenta á Guessler, de que estaba próxima á estallar una rebelion. Guessler pensó que el mejor medio de frustrarla, era sacar del distrito de Uri á Guillermo, y conducirlo á una ciudadela de los duques de Austria, situada al pié del monte Righi, entre Kussnach y Weggis, y creyendo que el viage seria mas seguro embarcándose que no por tierra, mandó preparar una barca, y una hora antes de amanecer, mandó conducir á ella al prisionero. Este, el gobernador, seis guardias y tres marineros formaban toda la tripulacion.

Cuando Guessler llegó á Hueien, lugar del embarque, encontró ya cumplidas sus órdenes. Guillermo atado de piés y manos, estaba echado en el fondo del barco; junto á él, y como prueba de conviccion, estaba el arma terrible que como instrumento de su sin igual destreza, despertara tantos temores en el corazon del bailio. Los arqueros sentados en los últimos bancos le custodiaban; dos marineros cerca del pequeño mástil estaban prontos á izar, y el que hacia de piloto, esperaba en la orilla que llegase el gobernador.

—¿Tendremos buen viento? preguntó Guessler.

—Por ahora se presenta favorable.

—¿Y el cielo?

—Nos promete un dia magnífico.

—Partamos, pues, sin perder tiempo.

—En seguida.

—Guessler tomó asiento en la popa del barco, los marineros desplegaron la vela, y el barco empezó á deslizarse por el espejo del lago, gracioso y ligero cual un cisne.

El gobernador abismábase en reflexiones, los soldados respetaban su silenciosa meditacion, y los marineros, obedeciendo con repugnancia, ejecutaban tristemente las maniobras que les dictaba el piloto. De repente cruzó el espacio una luz meteórica, que destacándose del cielo pareció precipitarse en el lago. Los dos marineros se miraron uno á otro, y el piloto que llevaba el timon se santiguó devotamente.

—¿Qué es eso, patron? preguntó Guessler.

—Nada, por ahora nada; pero hay quien cree que una estrella que cae del cielo, es un aviso que nos dá el alma de una persona que nos fué querida.

—¿Y ese aviso es de buen agüero?

—¡Jum! El cielo comunmente, no suele darnos presagios felices, porque la felicidad es siempre bien acogida.

—¿Conque esa estrella es un signo funesto?

—Hay antiguos navegantes que creen que cuando acontece tal cosa al tiempo de embarcarse, vale mas quedarse en tierra.

—Sí, pero cuando es muy urgente continuar la ruta. . . .

—En tal caso no hay mas que hacer, sino confiar en la paz de la conciencia, y poner la vida en manos de Dios.

A estas palabras sucedió un profundo silencio, y la barca siguió volando por el lago como si tuviese las alas de una ave acuática. Al cabo de poco tiempo, mostróse evidente el cambio de la atmósfera: á medida que se acercaba la mañana palidecian las estrellas, no en medio de una luz mas clara como suelen de costumbre, sino como si una mano invisible hubiera tirado por cima de ellas un velo de vapores entre la tierra y el cielo. Poco antes de la aurora, calmó el viento, el lago tomó un color ceniciento, y el agua sin que la agitase la menor brisa, se removió como si fuese á hervir.

—Arriad la vela, gritó el piloto.

Los dos marineros se pusieron á maniobrar; pero antes de cumplir la órden del piloto, se adelantaron algunas pequeñas olas coronadas de espuma, que llegando rápidamente de Brunnen, parecian salir al encuentro de la barca.

—¡El viento! ¡el viento! gritó el piloto, arriad en bande.

Pero fuese por la torpeza de los marineros, ó bien que algun nudo mal hecho impidiese la ejecucion de la maniobra, el viento estaba sobre la embarcacion, antes de estar arriadas las velas. Sorprendida la navecilla, tembló como un caballo que siente rugir á un leon, luego así tambien como un caballo, pareció escabritarse, hasta que volviéndose por sí misma, como si quisiera esquivar las fuerzas de tan terrible enemigo, presentó el flanco á su contrario. La vela que poco antes estaba incierta, se hinchó como si quisiese abrirse, y poco faltó para que la barca zozobrase. En tan crítico momento el piloto cortó con su cuchillo el cordage que sustentaba la vela, que flotó un momento como un pabellon izado en la punta de un mástil; y rompiendo por último todo estorbo, echóse á volar como un pájaro sobre las ráfagas del viento, y la barca se levantó tranquilamente recobrando su equilibrio. Entonces empezó á rayar el dia.

—¡Camarada! dijo Guessler, el presagio no mentia, y en verdad que se ha cumplido pronto.

—Sí, sí, la boca de Dios no miente como la de los hombres. . . .

—¿Crees que no habrá mas que esa borrasquilla, ó pensais que este golpe de viento es solamente el precursor de una tempestad mas terrible?

—A veces sucede que los espíritus del aire y de las aguas, aprovechan la ausencia del sol para dar estas fiestas sin el permiso del Señor, y en tales casos al rayar el dia, callan y se apaciguan los vientos y se van á donde huyen las tinieblas. Pero por lo comun, es la voz de Dios la que hace soplar á las tempestades, y es preciso que se cumpla su voluntad por entero.

—Mas tú no debes olvidar que tu vida corre tanto riesgo como la mia.

—Sí, monseñor, ya sé que todos somos iguales ante la muerte, pero Dios es Omnipotente y salva ó castiga á los que quiere salvar ó castigar. El fué el que dijo al apóstol que anduviese por las olas, y el apóstol caminó como por la tierra: ese mismo prisionero que llevais tan agarrotado

está mas seguro de su salvacion si está en gracia del Señor, que cualquiera hombre libre maldito por el cielo. Rema un poco Frantz, rema un poco, para que podamos presentar la proa al viento; porque segun veo aun no estamos libres. ¡Ya vuelve, ya vuelve!

En efecto, levantábanse olas mas grandes y espumosas que las primeras, y aunque la barca huia el cuerpo al viento que venia detras de ellas, hízola saltar sin embargo, lo mismo que aquellas piedrecillas que los muchachos hacen correr por la superficie del agua.

—Si el viento nos es contrario para ir á Brunnen, lo tendremos favorable para volvernos á Altorf, dijo Guessler comprendiendo ya el riesgo que corria.

—Sí, sí, ya lo he pensado, respondió el piloto; y por eso he mirado tantas veces por ese lado. Mirad el tiempo, monseñor; esas nubes que vienen del San Gotardo, y siguen el curso de Reuss, traen un viento contrario al que levanta esas olas, y antes de pocos minutos chocarán uno contra otro.

—¿Y entonces?

—Entonces será preciso que Dios piense en nosotros, ó que nosotros pensemos en Dios.

Poco tardó en cumplirse la profecía del piloto, y los dos vientos se encontraron; lució un relámpago, y el estampido del trueno dió la señal del combate. Tampoco tardó el lago en tomar parte en la revuelta de los elementos; sus olas impelidas y repelidas por vientos contrarios se hincharon como si las hiciese hervir un volcán submarino, y llevaban la barquilla como si no pesase mas que un copo de espuma de los que ellas hacian.

—Estamos perdidos, gritó el piloto: los que no están ocupados en la maniobra, que se encomienden á Dios. Diciendo esto, rompióse en el barquichuelo una ola furiosa que le cubrió y dejó un palmo de agua en él.

—Agua fuera, señores arqueros, gritó el piloto, pronto, pronto, que otra ola nos hará ir á fondo. Aunque la muerte es segura, bueno es que luchemos contra ella.

—¡Ah! ¿no veis ningun medio para salvarnos? ¿no te queda ya esperanza? dijo Guessler.

—La esperanza nunca falta, monseñor, porque la misericordia divina vale mas que todo el poder del hombre.

—¿Cómo tomaste sobre tí semejante responsabilidad, no sabes mejor tu oficio, gran pícaro?

—En cuanto á mi oficio, monseñor, hace cuarenta años que lo ejerzo, y acaso no hay en toda Helvecia mas que un piloto mejor que yo.

—Entonces ¿por qué diablos no está aquí para ocupar tu lugar?. . . .

—Aquí está, monseñor, dijo el piloto.

Guessler le miró con la mayor estrañeza.

—Mandad que desaten á ese prisionero, pues si un hombre puede salvarnos la vida en este trance, sin duda alguna es él.

Guessler hizo un gesto de consentimiento, y una ligera sonrisa de triunfo pasó por los labios de Guillermo.

—¿Has oido? le dijo el viejo marinero, en tanto que con un cuchillo le cortaba las ataduras.

Guillermo manifestó que sí, alargó los brazos como quien recobra la libertad, y fué á sentarse junto al timon donde estaba el piloto, que dispuesto á obedecer, se reunió á los otros dos marineros.

—¿Tienes otra vela, Rudenz? preguntó Tell.

—Sí, ¿pero de que nos puede servir ahora?

—Si la tienes, sácala para izarla en seguida.

—Rudenz le miró con la mayor estrañeza.

—Vosotros al remo, continuó Guillermo volviéndose á los marineros, y cuando yo os lo diga, remad. Al mismo tiempo empujó el timon, y sorprendida la barca por aquella maniobra, vaciló un momento, y luego como un caballo que reconoce la maestría de su ginete, dió una rápida vuelta. Remad, gritó Guillermo á los marineros; y encorbándose éstos sobre los remos, hicieron seguir al barco la direccion tomada, á pesar de las olas.

—¡Bien! ¡bien! murmuró el viejo Rudenz, ya ha reconocido á su amo, y le obedece.

—Es decir, que ya estamos salvos, esclamó Guessler.

—¡Jum! ¡jum! respondió Rudenz fijando los ojos en los de Tell, todavía no, pero á lo menos estamos en buen camino, porque ya adivino lo que Guillermo quiere hacer. Esto es, ¡Guillermo! tienes razon. Entre las dos montañas de la orilla derecha debe haber una corriente de aire, que si llegamos á cogerla nos pondrá á la otra parte en diez minutos. Has acertado; porque seria la primera vez que hubiese una tempestad así en el lago, sin que tomase su parte el viento de Oeste; ahí lo tienes, ya silba como si fuese el rey del lago.

Guillermo se volvió en efecto hácia el punto que el viejo señalaba, en donde un valle separaba dos montes, saliendo por la calzada una corriente de aire que soplaba con violencia y formaba una especie de camino por el lago. Entró en aquella senda líquida el barco, y volviendo la popa al viento, paráronse los remos, y los marineros se dispusieron á izar. Desplegada que estuvo la vela, la barca comenzó á virar con rapidez hácia la base del Axemberg.

Al cabo de dos minutos, así como habia anunciado Rudenz y antes que Guessler y los soldados hubiesen vuelto de su atónita admiracion, ya tocaban la orilla del lago. Entonces Tell mandó arriar la vela, y como si se bajase para amarrar alguna cuerda, puso la mano izquierda en la ballesta, volvió con la derecha el timon, la barca viró en seguida, y Guillermo saltó en seguida como un gamo sobre una roca que salia á flor de agua, mientras que cediendo la barca al impulso que le habia dado su salto, se volvia hácia atras. Con otro salto llegó Guillermo á tierra, y antes que Guessler ó sus arqueros hubiesen podido dar un grito, ya habia desaparecido en el bosque.

Pasada la sorpresa que habia causado la huida de Guillermo, el bailio mandó desembarcar y fué cosa fácil de hacer, pues con la ayuda de los remos llegaron pronto á la orilla, saltó á tierra un marinero, y amarrando una cadena, se verificó el desembarco sin desgracia alguna, á pesar de las olas aún embravecidas. En seguida fué enviado un soldado á Altof con órden de mandar caballos y gente á Brunnen, en donde Guessler pensaba detenerse.

Así que estuvo en el pueblo el gobernador, mandó pregonar á son de trompeta, que se darian cincuenta marcos de plata al que entregase á Guillermo, quedando libre de impuestos él y sus hijos hasta la tercera generacion, recompensa que prometió tambien por Conrado de Baumgarten.

(*Continuará.*)

VIAGES Y AVENTURAS

DE LUIS FELIPE.

La vida política de Luis Felipe no pertenece á la civilizacion; pero su vida de aventuras y de viages, presenta episodios que pueden entrar en nuestro cuadro episódico y literario. Sus viages particularmente presentan la ocasion de revelar una de las leyendas mas curiosas y menos conocidas de este siglo: la de la sábia finlandesa, la *Hija del Troll.*

Luis Felipe nació en Paris el 6 de Octubre de 1773; era hijo del duque de Orleans, á quien la primera república dió el nombre de *Igualdad*, sin

duda para cortarle mejor la cabeza. El niño tuvo por padrinos á Luis XVI y María Antonieta. Su primer preceptor fué el poeta Bonnar, por recomendacion de Buffon; pero cedió bien pronto el puesto á Mad. de Genlis, omnipotente entonces en la casa de Orleans. Aquella muger hábil tenia un defecto inmenso; carecia de sensibilidad y energía. No podia, pues, hacer una crítica mas sangrienta de su discípulo, que diciendo que le formaba á su semejanza. Bien sabido es el papel que Felipe Igualdad representó en la revolucion. Pagó con su muerte la de Luis XVI votada por él. ¡Plegue á Dios que esta expiacion haya dejado satisfecha su justicia!... Su hijo primogénito, duque de Chartes, participó al principio de las ilusiones paternales. Siguió el club de los jacobinos, y prestó el juramento cívico en San Roque. Lo mejor que hizo entonces fué salvar en Vendome á un hombre que se ahogaba. Por esta accion recibió una corona de que envió algunas hojas á madame Genlis. Nombrado por Dumouriez mariscal de campo, con su hermano Montpensier por ayudante, combatió por la Francia contra la Europa en Quievrain, Jemmapes, Valmy, Maestricht y Nerwinda. Al cantar estos hechos de armas en todos los tonos, se ha olvidado que concluyeron por la fuga del jóven mariscal al campamento austriaco en compañía de Dumouriez Aquí es donde comienza para Luis Felipe, duque de Orleans por muerte de su padre, una vida realmente maravillosa, de valor, de sufrimiento y de habilidad. Los novelistas no inventarian un prólogo mas dramático para las grandezas que aguardaban al príncipe en su edad madura. Solo, proscripto, sin dinero, sin apoyo y sin recursos, comenzó á correr el mundo. Para poder subsistir se hizo profesor en un colegio en Reichman, y allí se distinguió por esa facilidad de elocucion que no le abandonó jamas. Espulsado por el esplendor de su nombre de un refugio todavía demasiado elevado, anduvo errante, de destierro en destierro, por la Suiza, Alemania, Dinamarca, la Noruega y la Finlandia. En este último pais le esperaba la asombrosa y profética aventura que vamos á referir.

LA HIJA DE TROLL.

Era á fines de Marzo de 1795. Los últimos dias del invierno concluian con un rigor inusitado. El cielo estaba nublado y borrascoso, el frio era muy intenso, y un viento glacial soplaba con furia por entre los abetos despojados de sus hojas: todo en la naturaleza se presentaba lúgubre y amenazador, y hombres y animales huian azorados hácia sus moradas subterráneas.

De repente, viéronse aparecer en la llanura de Karessuando, tres trineos que parecian dirigirse á la ventura, porque la nieve habia cubierto enteramente los caminos y borrado hasta los vestigios de toda habitacion humana. Los caballos se caian rendidos de cansancio, y sus conductores procuraban en vano reanimarlos con sus enronquecidas voces y el chasquido de los látigos.

—Maldito pais, monseñor, estamos perdidos. . . . . refunfuñaba uno de los personages que iban en el segundo trineo.

—Calla, Francisco, le contestó el que habia llamado monseñor, infórmate mas bien de si hay alguna habitacion por estas inmediaciones en que podamos refugiarnos.

El cochero interpelado se caló el gorro hasta las orejas inclinándole un poco hácia la izquierda, se limpió la nariz con la manga segun costumbre, tomó su caballo del bocado, y despues de todos estos preparativos, contestó con el tono de una perfecta tranquilidad:

—No, no hay en estas inmediaciones ninguna habitacion en donde poder refugiarse.

Esta triste noticia difundió la consternacion entre los viageros. ¡Nos hallamos perdidos! ¡estamos perdidos! esclamaron todos con el acento de la desesperacion.

Mas he aquí que aparece á lo lejos un espectro cuyos ojos brillan como dos ascuas, y cuya velluda mano hace señas á los estrangeros para que se dirijan hácia aquel lado. Sin duda era uno de aquellos enanos tan famosos en las *sagas* del Norte que atraian á sus cavernas á los viageros estraviados para sacrificarlos á las sombrías potestades.

—¡Francisco!. . dijo el mas jóven arrojándose de su trineo: ya ves que allá bajo nos hacen señas con la mano, es preciso ir.

—¡Por Dios, monseñor, no deis un paso mas! este es el fin del mundo: esa seña que nos llama, es la seña del diablo, la seña del infierno.

El jóven se detuvo: el sitio efectivamente era de un aspecto lúgubre y hacia vacilar para pasar mas adelante. Sin embargo, cobró brio y dió aún algunos pasos. El espectro se puso derecho delante de él, y despues, hundiéndose de repente en la nieve, dejó ver á los viageros una habitacion subterránea. Aquello no era enteramente nuevo para ellos: ya habian encontrado en Tornea y Munioniska aquellas profundas cuevas, cuya puerta era tan baja, que para entrar habia que ponerse á gatas. Pero la que entonces se presentaba á su vista, se asemejaba mas bien á la madriguera de un oso, que á un refugio humano.

¡Qué partido tomaré?. . . Y si fuese una caverna de bandidos que me han atraido á ella para asesinarme.

Así pensaba el jóven viagero, y ya se preparaba á llamar á los demas compañeros, cuando desde el fondo de la cueva, una voz de muger dulce y pura pronunció de repente estas palabras:

—Ciudadano, Luis Felipe de Orleans, entrad sin temor.

Mr. Francisco Esteban Colin Guillemot, ayuda de cámara de S. A. R. el duque de Orleans, se arrodilló en la nieve, y abrazando las piernas de su amo:—¡Ah! monseñor, todavía no me habeis reprendido bastante, dijo, para no creer ni en Dios ni en el diablo; ahora lo veo, es preciso venir á este mundo de los espíritus para conocer bien lo que son. No es el demonio el que acaba de pronunciar vuestro nombre. . .

El príncipe se inclinaba hácia la caverna, como para escuchar la voz que habia resonado en sus oidos.

La misma voz volvió á repetir:

—Monseñor, duque Luis Felipe de Orleans, entrad sin temor.

Esta segunda invitacion hizo dar un salto á los dos viageros.

—Pues bien, entremos, dijo el príncipe; es necesario que yo sepa qué boca es esa que habla con tanta pureza nuestra lengua, en este pais desconocido: es necesario que vea á esa muger que parece tan familiarizada con los títulos de mi casa.

Y el duque de Orleans, seguido de Francisco, se deslizó por la subterránea caverna, la cual no tenia mas que cinco piés de alto y cerca de doce cuadrados. El pavimento le formaba una enorme piedra de granito, uno de sus estremos servia de hogar, y en él ardia un tronco de pino. Revocado el humo por el viento que soplaba de la parte esterior, formaba como una nube tempestuosa, y llenaba la cueva de un vapor mezclado de llamas y de chispas. Algunas veces parecia un respiradero del infierno: dos camas, un banco, una silla y una mesa, componian todo el mueblage, que estaba muy limpio.

El duque no tenia mas anhelo que buscar con la vista al ser misterioso cuya voz y palabras le habian causado tanta impresion; pero no descubrió por entonces mas que al espectro que con la mano le habia indicado el camino. Era un anciano de unos setenta á ochenta años, de mezquina apariencia, corta estatura, pero cuya ins-

pirada mirada, revelaba uno de los grandes trolls del Norte. Francisco le tomó por el diablo. A sus piés jugueteaban con fraternal concordia un gato y un oso.

Por única respuesta á las preguntas del duque, el anciano meneó la cabeza, pronunció algunas palabras que nadie comprendió, y salió de la caverna.

—Tuiska, mi padre, no es mas que un pobre habitante de Karessuando: ruega humildemente á S. A. R. monseñor duque de Orleans, que tome posesion de esta choza, dijo entonces la dulce voz que tan graciosamente habia invitado á los estrangeros á buscar allí un asilo.

El duque se volvió con presteza hácia el lado de donde salia la voz, y se quedó sumamente sorprendido al descubrir con la claridad de la llama en una especie de alcoba, una jóven blanca y pura, como jamas se le habia presentado en los suntuosos salones de las Tullerías, ó en las frescas alamedas de Versalles. Vestia un trage de lana de Finlandia con listas azules y encarnadas; sus cabellos castaños caian sobre sus hombros formando sedosos rizos, sus azules ojos eran muy brillantes, y en toda su persona habia un encanto de juventud indefinible.

El príncipe la saludó con el mismo respeto que lo hubiera hecho á una princesa de la sangre.

—Monseñor, prosiguió ella siempre en francés: os aguardábamos ya hacia mucho tiempo. Ayer noche á las ocho y tres cuartos mi padre me dijo: voy á buscar á ese ilustre estrangero, porque el timon de su trineo se ha roto, sus caballos están muertos de cansancio, y la tempestad que amenaza pudiera serle fatal. Mi padre es un sábio que me dicta lo que su Haltia le inspira.

—Vuestro padre es en efecto un hombre bien estraordinario; pero lo que todavía me parece mas, es que sea vuestro padre.

—Toini no es la hija de Tuiska.

—Mi presentimiento me lo decia. Tan hermosa flor no podia haber nacido en este horrible desierto.

—Príncipe, no insulteis al desierto; las montañas solitarias y los silenciosos bosques tienen tambien sus encantos. ¿Sabeis que durante tres meses del año, podemos leer por la noche sin luz artificial?. . . . Entonces no se oculta el sol en el seno de la tierra; la toca ligeramente como si la diera un ósculo amoroso, y se eleva radiante sobre el horizonte, No cambiariamos las auroras boreales de nuestros inviernos por vuestras pesadas nieblas de Diciembre. Conozco tambien vuestra Francia, monseñor, porque lo fué mia en otro tiempo.

—Jóven extraordinaria, decidme, ¿quién sois?. . . .

—¿Y qué puede interesaros eso?

—Os lo suplico.

—Mi padre es el judío errante; ya ha pasado dos mil años, pero yo no he cumplido todavía tres siglos.

El duque miraba con atencion á la jóven.

—¿Está en su juicio?. . . . decia para sí mismo.

Pero acercándose á él Guillemot, le dijo: escuchad, príncipe mio; creo que obrariamos cuerdamente retirándonos cuanto antes de esta diabólica guarida.

—Te chanceas. . . . he ahí á nuestro patron que trae á nuestros compañeros.

En efecto, el anciano Tuiska entró en la caverna seguido del conde de Montjoie y de los otros dos viageros que acompañaban al duque de Orleans.

Buenas tardes, querido conde, dijo el príncipe; me parece que no esperábais encontrarme cerca de una buena lumbre, conversando con una hechicera, con una hada, que habla el francés mejor que nosotros.

Mientras que el conde Montjoie referia sus aventuras, Toine sirvió la cena, que consistia en un pedazo de reno ahumado, un pescado seco, y leche cocida. (*Continuará*)

VARIEDADES.

GUILLERMO TELL.

(CONCLUYE.)

Al medio dia llegaron los caballos, y Guessler sediento de venganza partió en seguida hácia Art, donde queria tambien tomar fuertes medidas contra los asesinos del gobernador de Schwanau. A las tres salia ya de este pueblo, y siguiendo las orillas del lago de Zoug, llegó á Inmensa, que atravesó sin detenerse ni un instante para seguir el camino de Kussnach. Estos sucesos que acabamos de referir ocurrieron un dia frio y nebuloso del mes de Noviembre (el 19), y ya llegaba á su fin, cuando Guessler ansioso de llegar por la noche á la fortaleza, espoleaba su caballo, que aceleraba mas y mas su paso por el sinuoso camino de Kussnach. Por un momento detuvo un poco la marcha, llamó á su escudero que le seguia detras, pero un poco mas adelante que los soldados, y así anduvjeron un buen trecho sin decir nada, hasta que volviéndose Gussler hácia él le miró como si hubiese querido leer en el fondo de su alma, y le dijo:

—Niklaus, ¿me eres bien afecto y fiel?

El escudero se estremeció.

—¡Respóndeme! continuó Gussler, ¿qué es esto?

—Perdonad, monseñor; pero esperaba tan poco esa pregunta. . . :

—Qué, no sabes que respuesta dar; ¿no es verdad? Bueno, pues, toma tiempo y reflexiona, porque quiero una respuesta bien meditada.

—No; os la haré esperar, monseñor; salvos mis deberes con Dios y el emperador, estoy pronto á cumplir lo que gusteis mandarme.

—¿Estás pronto?

—Sí, monseñor.

—Esta noche irás á Altorf, tomarás cuatro hombres, con los cuales debes ir á Burglen, y hasta llegar allí no les dirás lo que han de hacer.

—¿Y qué es lo que han de hacer, monseñor?

—Prender á la muger de Guillermo y á sus cuatro hijos, y así que estén en tu poder, enviarlos á la fortaleza de Kussnac, en donde estaré yo ya. Una vez puestos allí. . .

—Ya entiendo, monseñor.

—Fuerza será que Tell se presente por sí mismo, porque cada semana de retardo costará la vida á uno de sus hijos, y la última la de su muger.

Aun no habia acabado Guessler de pronunciar la última palabra, cuando arrojando un alarido, soltando las bridas, y alargando los brazos, se cayó del caballo: el escudero echó pié á tierra para socorrerle; pero en vano, pues tenia el corazon pasado con una flecha.

Era la que Guillermo se habia ocultado en el seno, en la plaza pública de Altorf, cuando hubo de tirar á la manzana puesta sobre la cabeza de su hijo.

En la noche del domingo al lunes de la siguiente semana, juntáronse en el Grutli los conjurados, porque la muerte de Guessler requeria una reunion estraordinaria. Algunos de ellos opinaron que debia adelantarse el dia de la libertad, entre los cuales se contaban Mechtal y Conrado de Baumgarten. Sin embargo, Walter Furts, y Werner Stauffacher se opusieron, diciendo que el caballero de Landemberg estaria sin duda prevenido, y precipitando la empresa se haria mucho mas azarosa, mientras que permaneciendo el pais tranquilo á pesar de la muerte de Guessler, se atribuiria la desventura de éste á alguna venganza particular, y nadie se ocuparia mas que en buscar al homicida.

—Pero entretanto ¿qué será de Guillermo? esclamó Conrado, ¿que hará su familia? Guillermo me salvó la vida, y jamas se dirá que yo lo abandono. . . .

—Guillermo y su familia no corren riesgo alguno, dijo uno de los conjurados.

—En tal caso no tengo nada que decir. . . . respondió Conrado.

Ahora continuemos nuestro plan.

Si los ancianos me permiten hablar, dijo adelantándose un jóven del alto Unterwalden llamado Zagheli, propondré una cosa. . . .

—¿Qué cosa es? preguntaron los ancianos.

—Que yo me encargo de sorprender y tomar el castillo de Rossberh.

—¿Y cuántos hombres necesitais?

—Cuarenta.

—Olvidas que ese castillo es uno de los mas fortificados de la comarca.

—Tengo medios para tomarlo.

—¿Cuáles son?

—No puedo decirlos.

—¿Estás seguro de hallar los cuarenta hombres que necesitas?

—Sí lo estoy.

—Entonces bien, admitimos tus ofrecimientos. Dicho esto Zagheli, volvió á confundirse con sus compañeros.

—Si se tiene confianza en mí, dijo entonces Stauffacher, yo me encargo del castillo de Schwanau.

—Y yo, añadió Walter Furst, tomaré la fortaleza de Uri.

Estas dos últimas proposiciones fueron acogidas con unánime satisfaccion, y todos los conjurados prometieron que durante las cinco semanas que debian pasar todavia, reclutarian soldados entre sus amigos mas decididos, y antes de separarse adoptaron las banderas, bajo las cuales debian combatir. Uri escogió para la suya, una cabeza de toro con anillo roto, en memoria del yugo que iban á romper; Schwitz una cruz, en memoria de la pasion de Nuestro Señor Jesucristo, y Unterwalden dos llaves en honra y gloria de San Pedro, que era muy venerado en Sarnen.

Así como lo habian previsto los viejos conjurados, la muerte de Guessler fué considerada como fruto de una venganza particular.

Viendo la inutilidad de las pesquisas, fué calmando el furor de los enemigos de Guillermo, y todo quedó en tranquilidad en los tres cantones hasta el dia en que debia estallar la revolucion.

El 31 de Diciembre, el gobernador del castillo de Rossberg recorrió por sí mismo segun tenia de costumbre las guardias, colocó los centinelas, dió el santo y seña, y mandó tocar á la queda. A poco pareció que el castillo se dormia tambien como la gente que en él habia, desaparecieron las luces de una en una, fué disminuyendo todo ruido, y únicamente los centinelas colocados en los adarves de las torres, interrumpian aquel silencio con el ruido de sus pasos y con los

gritos de alerta repetidos de cuarto en cuarto de hora.

Sin embargo, á pesar de aquel aparente silencio, abrióse con precaucion una ventanita que daba á los fosos del castillo, y asomó la tímida cabeza de una jóven de diez y ocho años, que procuraba divisar alguna cosa en los fosos, y no viendo sin duda lo que buscaba, salió de sus lábios el nombre de Zagheli. Pero fué pronunciado tan despacio, que cualquiera lo hubiese podido equivocar con un suspiro de la brisa, ó con un murmullo de algun arroyuelo. Sin embargo, no faltó quien lo oyera, y una voz mas fuerte y atrevida, respondió con otro nombre, que fué el de Anneli.

La jóven se mantuvo inmóvil con la mano sobre el pecho como para ahogar los latidos, y la nueva voz repitió *Anneli* otra vez.

—Sí, sí, murmuró ella inclinándose hácia el lugar desde donde parecia hablarle el espíritu de la noche, sí, amor mio. . . pero perdóname. . . tengo tanto miedo. . . .

—¿Y de qué lo puedes tener? Todo duerme en el castillo, escepto los centinelas que están en lo alto de las torres. . . yo no puedo verte y apenas te oigo; ¿cómo quieres, pues, que ellos nos oigan y nos vean?

La jóven no respondió pero dejó caer alguna cosa. Era una cuerda, á cuyo cabo ató Zagheli una escala, que Anneli afianzó en un barron de la ventana. Un instante despues entraba el jóven en el cuarto, y como Anneli quisiese retirar la escalera de cuerda, la dijo su amante:

—Espera, amada mia, espera un poco, porque todavía necesito esa escalera; sobre todo, no te espantes de lo que vas á ver; porque tu mas ligera espresion, tu menor grito, seria mi muerte.

—¡Pero qué sucede? . . . en nombre del cielo . . . ¡Ah! ¡estamos perdidos!. . . mira. . . y le enseñaba á un hombre que subia por la ventana.

—No, no, Anneli, no estamos perdidos; los que suben son amigos mios.

—¡Pero tú me deshonras! esclamó la jóven, ocultando su cabeza entre las manos.

—Al contrario, Anneli, esos serán los testigos del juramento que voy á hacerte, de que seré tu esposo así que la patria esté libre.

La atónita doncella se echó en brazos de su amante, mientras subieron uno tras otro veinte jóvenes; en seguida Zagheli retiró la escalera, cerró la ventana y distribuyó á su gente por el interior del castillo. La guarnicion estaba durmiendo, no opuso resistencia alguna; los conjurados encerraron á los alemanes en la misma cárcel del castillo, vistiéronse sus mismos trages, y siguió flotando la bandera de Alberto, en las almenas de la fortaleza, que el dia siguiente abrió las puertas á la hora de costumbre.

A medio dia, el centinela de la torre mas alta, vió llegar á escape algunos caballos. Entonces se pusieron á la puerta dos conjurados, y los otros se alinearon en el patio; á poco rato pasó el caballero de Landemberg por el puente levadizo, que volvió á levantarse en seguida: y aquel quedó preso lo mismo que la guarnicion.

El plan de Zagheli habia salido completamente bien. Hemos visto que de los cuarenta hombres que pidió, veinte escalaron el castillo, y los otros veinte tomaron el camino de Sarnen.

En el instante que el señor de Landemberg salia del castillo real de Sarnen para ir á misa, presentáronse aquellos veinte hombres ofreciéndole regalos de costumbre, corderos, cabras y gallinas. El gobernador les hizo entrar en el castillo, y prosiguió su camino; pero así que aquellos estuvieron dentro, sacaron chuzos que llevaban escondidos, caláronlos en las puntas de sus palos, y se apoderaron del castillo. Entonces uno de ellos subióse á la plataforma, é hizo oir por tres veces el prolongado sonido de la trompeta montañesa. Esta era la se-

ñal convenida, y empezaron á oirse por las calles los gritos y el estrépito de la sublevacion. Acudióse en seguida á la iglesia para apoderarse del caballero de Landemberg; pero prevenido á tiempo, túvolo para montar á caballo y escaparse hácia la fortaleza de Rossberg. Esto era lo que habia previsto Zagheli.

En lo restante del dia, se tuvieron con el bailío imperial, las mayores consideraciones, y se le guardó el mas alto respeto. Por la noche quiso subir á la plataforma del castillo para tomar el aire, y Zagheli le acompañó. Descubríase desde allí todo el pais, que el dia anterior estaba sometido á su jurisdiccion, y apartando la vista de la bandera en que las llaves de Unterwald habian reemplazado al águila de Austria, fijóla hácia Sarnen, y quedóse inmóvil y pensativo.

Pensativo é inmóvil estaba tambien Zagheli, en otro ángulo del parapeto, fijos los ojos en otra parte; pero de aquellos dos hombres, el uno esperaba socorro en la tiranía, y el otro refuerzo para la libertad.

Momentos despues, brilló una llamarada en la cumbre del Aremberg, y Zagheli lanzó un grito de alegría.

—¿Qué significa esa llama? preguntó el preso.

—Es una señal.

—¿De qué?

—De que Walter, Furts y Guillermo Tell, han tomado el castillo de Urijoch.

Los gritos de alegría que resonaron en seguida por toda la fortaleza, confirmaron lo que Zagheli acababa de decir.

—¿Es decir que los Alpes se han convertido en volcanes? esclamó el bailío viendo que Righi se inflamaba tambien.

—Sí, sí, respondió Zagheli saltando de gozo, tambien el Righi enarbola la bandera de libertad.

—¡Cómo! ¡qué es esa otra señal?

—Sí, Werner Stauffacher y Mechtal se han apoderado del castillo de Schwanau. Volveos ahora hácia esa otra parte, señor de Landemberg.

Este lanzó un grito de sorpresa viendo que el Pilatos se coronaba á su vez con una diadema de fuego.

—Esto, continuó Zagheli, anuncia á los de Uri y de Schwitz, que sus hermanos de Unterwalden no les van en zaga, y que han tomado ya el castillo de Rossberg, y hecho prisionero á su dueño.

De nuevo volvieron á resonar por la fortaleza mayores aclamaciones de alegría.

—¿Y qué pensais hacer de mí? preguntó el bailío dejando caer la cabeza sobre el pecho.

—Pensamos haceros jurar que jamas volvereis á entrar en las jurisdicciones de Schwitz, de Uri y de Unterwalden, que nunca hareis armas contra los conferados, que de ningun modo escitareis al emperador á que nos haga la guerra, y cuando hayas jurado todo esto, sereis libre de ir á donde os plazca. . . . . .

. . . . . .

La fortuna socorrió á los confederados. El 1.° de Enero de 1308, empezó para la Helvecia la nueva era de su libertad, y el 15 del mismo mes, aun antes de que llegase á oidos del emperador la noticia de la insurreccion, supo ya la derrota de su ejército en Hurringen. En consecuencia, marchó él mismo á la cabeza de un poderoso ejército á sujetar á los rebeldes; mas el 1.° de Marzo fué traidoramente asesinado á orillas del Reuss por su sobrino Juan de Suevia, á quien habia rehusado entregar la herencia de sus padres. Alberto mal herido quedó abandonado revolcándose en su sangre, y una pobre muger que á la sazon pasaba por allí, fué á socorrerle, y el gefe del imperio murió entre los brazos de una mendiga que le enjugaba la sangre con harapos.

El duque Leopoldo de Austria, hijo de Alberto, marchó contra Schwitz con gruesas fuerzas, llevando consigo

cargas de cuerdas para ahorcar á los rebeldes.

Estos se reunieron en número de 1300, y el 15 de Noviembre en la vertiente de la montaña del Sattel lo derrotaron completamente. La flor de la nobleza imperial cayó á los golpes de unos pobres pastores y miserables villanos, y sirvió para abonar aquella noble tierra de libertad.

La batalla tomó el espresivo nombre Morgenstern porque empezó á la luz de la estrella de la mañana.

Así se hicieron célebres los naturales de Schwitz, y desde entonces llamáronse suizos los confederados por la palabra "Sdhwicer," que significa natural de Schwitz. Esta villa, Uri y Unterwalden fueron el centro á cuyo derredor se agruparon poco á poco los demas cantones, que por el tratado de 1815, llegaron á veintidos.

En cuanto á Guillermo Tell, que aunque involuntariamente tomó una parte tan activa en aquella revolucion, despues de hallarle otra vez en el campo de batalla de Lampen, en donde combatió como simple ballestero con 700 hombres de los pequeños cantones, de nuevo se le pierde de vista, para no hallarlo ya hasta la hora de su muerte, que acaeció en la primavera de 1345. Al derretirse las nieves del invierno, creció mucho el Schachen, y se llevó una pequeña casa. Entre otras cosas vió Guillermo flotar una cuna, y oyó los gritos de un niño: arrojóse al agua, en seguida alcanzó la cuna y llevóla á la orilla; pero cuando él iba á salir perdió el sentido al choque de un madero y hundióse. Hay hombres elegidos, cuya muerte corona su vida.

VIAGES Y AVENTURAS

DE LUIS FELIPE.

(CONTINUA.)

—Hermosa Toini, dijo el duque al fin de la comida, segun vuestra propia historia, no hay nada en el mundo que pueda interesar tanto como ver á vuestro padre en éxtasis. Cuando se encuentre en este estado, sin duda debe leer en lo pasado y en el porvenir, y sobre ambos puntos tengo que pedirle datos y aclaraciones.

—Voy á praticiparle vuestros deseos, dijo Toini, pero no os prometo que os satisfaga.

—¿Podria decidir esto a vuestro padre? dijo el conde de Montjoie sacando un bolsillo.

—Guardad vuestro oro, señor conde; mi padre para nada lo necesita.

Entablóse un largo coloquio entre el padre y la hija: el anciano Tuiska parecia que resistia tenazmente á sus instancias, pero por fin Toini le convenció.

Entonces, el troll avanzó magestuosamente hácia el centro de la habitacion, y con ademan solemne hizo seña á los estrangeros para que se sentasen en el banco á lo largo de la pared.

Monseñor, dijo Toini, mi padre exige desde luego que os despojeis de cuanto hierro y acero lleveis.

—¡Muerte de mi vida!. . . ¿quitarnos nuestras armas? esclamó Guillemont asustado.

—Necio cobarde, replicó el duque, ¿qué tenemos que temer de esta jóven y de este anciano raquítico?. . . . Vamos, ejecutadlo, y vos tambien, señor conde.

El anciano tomó los objetos de los viageros, y los guardó debajo del pavimento: despues comenzó sus invocaciones; pero de repente pareció inquietarse.

—¿Señor conde, llevais todavia acero? le preguntó Toini.

El conde, un poco confuso, sacó del pecho un puñal que llevaba siempre oculto.

—Ese caballero tampoco ha entregado todo su acero.

—¡Yo? dijo Guillemont.

—Sí, respondió secamente Toini.

Efectivamente, habia conservado un saca-tapon.

Cuando el troll hizo desaparecer de este modo todos los obstáculos, se lanzó á carrera abierta por las vias de la inspiracion, y la jóven traducia fielmente las palabras sublimes que salian de su alma.

—Mi espíritu me trasporta, gritaba; mi deseo se eleva en mi pensamiento, quiero comenzar *rimas*, quiero cantar.

—Hombre sabio, dijo entonces el duque de Orleans: tengo una madre, y esta madre se llama la Francia: está enferma; pérfidos médicos conspiran contra su vida. Decidme, ¿cuál será su destino?. . .

Y el anciano Tuiska, cuyas palabras habian respirado hasta entonces calma y melancolía, se exaltó de repente: Su afluencia llegó á ser punzante é impetuosa, su gesto convulsivo, y sus ojos despedian un brillo salvage. Todo su ser se trasformó, y era evidente que se habia apoderado de él el espíritu del *tietaja*. Así es que los franceses, que en un principio le habian escuchado con una sonrisa de incredulidad, no podian menos de concebir ya cierto temor religioso. Por su parte, la hermosa Toini, que se hallaba en relaciones mas inmediatas con el troll, iba adquiriendo gradualmente su mismo entusiasmo: estaba anhelosa, descompuesto el cabello, y se hubiera creido que era una de aquellas sibilas, cuyos frenéticos trasportes refieren los sagas del Mediodía.

—Tu madre está enferma, repuso el hechicero. ¡Cuán grande es tu audacia, ó enfermedad, pues te has atrevido á atacarla!

"Oh Ukk, tú que te apoyas en el eje del mundo, tú que habitas sobre las nubes, que producen el trueno y lanzan el rayo, trae aquí tu espada de fuego, para herir al cruel que me atormenta, para arrojar lejos de mí y para siempre á mi enemigo.

"¡Oh bosque! ven con tus soberbios animales, ven con todo tu pueblo. Perkele, ven con toda tu casa. Lago, ven con los hijos de tu raza. Que cien guerreros se levanten con sus espadas, que mil héroes corran á defender al débil, al desgraciado!

"Pero si esto no es todavía bastante, ¿qué otro poder invocaré? Hay en el mundo hombres, hijos de los antiguos siglos, hombres eternos!. . . Salid de la tierra, ¡oh madre de la tierra!. . . . Salid del campo, Señor eterno, levantaos todos los que llevais espadas, todos los que montais fogosos corceles, venid á destruir el mal que me oprime y me aniquila, venid á triunfar de mis dolores!"

A medida que Tuiska iba aumentado sus fervorosas invocaciones, su voz era mas impetuosa, y sus gestos mas frecuentes y violentos: golpeaba el suelo con los piés, y daba palmadas con las manos; erizábanse los cabellos en su cabeza, y arrojaba espuma por la boca.

---Diviso á lo lejos, continuó con una voz profunda pero interrumpida, diviso una tierra cubierta de verdor y radiante de hermosura (la Francia). Espesos bosques, montañas elevadas, llanuras con ricos frutos. ¡Qué ciudades tan magníficas se elevan por todas partes! ¡Pero ay! los rios que las bañan están enrojecidos con la sangre, y los manantiales tambien brotan sangre (el terror).---Un humo negro y espeso envuelve las deliciosas quintas y los palacios.—Los hombres van armados con hachas y cuchillos. . . . . ¡Cuál es ese grupo siniestre que va avanzando?. . .—Los ejércitos pelean, y el caballo de la muerte galopa de fila en fila (la guerra europea).---¡Horror! ¡horror!---Pero diviso un jóven con su frente resplandeciente como las estrellas--Se lanza al combate, derriba y pone á los piés de su caballo á la multitud envidiosa de su gloria. ---Y hele ahí sobre un trono (Napoleon).---¡Eso es hermoso, es divino!.... ---La multitud todavía refunfuña. Las piedras de la diadema se rompen, y

la serpiente que allí estaba oculta, va á morder en el corazon al héroe que la lleva.---El fuego devora la tierra. ---El Norte se desquicia (la invasion). --Buitres espantosos persiguen al águila vencedora hasta su palacio de nubes, y cae desde él con mil heridas, como se estingue un globo de fuego en medio de una tempestad.---Y la tierra vuelve á recobrar su verdor, y las hojas se despojan de su capa de sangre, para tomar su antiguo adorno; pero se encuentran llenas de las plumas del águila que ha caido (la restauracion).—¡Plumas maravillosas! . . hombres nuevos se apoderan de ellas, y escriben una historia, una historia eterna.—Y sin embargo, la mar embravecida no ha aplacado todavía sus borrascas.—Cae un trono, y un anciano se ve precisado á emprender la fuga (la revolucion de Julio).—Un jóven príncipe, que veo allí, enfrente de mí, se adelanta en las alas del destino, como el genio de la paz del mundo.—El es el que volverá á poner en manos de los héroes las plumas de la grande águila, para que puedan continuar la interrumpida historia. Mas he aquí que *la tormenta vuelve á comenzar* (la revolucion de Febrero), *las nubes derraman sangre.—El niño levanta sus inocentes brazos desde lo alto del trono, y el cielo se halla oscurecido por las negras alas de una inmensa multitud de cuervos.* (1) *¿Qué quiere decir esa señal? Pero las sombras envuelven mi pensamiento, mi espíritu me abandona! adios, estrangeros, adios.*

Y el anciano calló, y cayó anonadado al suelo, del cual no se levantó hasta que trascurrieron algunas horas de un sueño convulsivo.

Tres semanas despues de la escena que acabamos de describir, encontramos todavía á los ilustres viageros en Karessuando.

—No me estraña, decia Guillemont para sí, que monseñor se halle aquí contento. ¿Qué mala estrella ha colocado en nuestro camino á esa asombrosa sirena?. . . Yo mismo estoy enteramente hechizado.

Sin embargo, los viageros encontraron en las inmediaciones una habitacion mas cómoda que la caverna del troll; pero Guillemont tenia razon; el duque visitaba con mucha frecuencia aquella cueva, y le veian tambien pasear á menudo con Toini por las montañas.

Una hermosa tarde de Abril andaban los dos por las orillas del Muonio, y el descendiente de esa raza real, que reinó hace seis siglos en el pueblo mas caballeresco de la tierra, conversaba familiarmente con una pobre jóven de Finlandia, y la decia:

—Vos sois francesa, Toini, y ademas parisiense. Hace largo tiempo que lo he adivinado, por vuestro lenguaje y vuestra pronunciacion tan pura. Mas decidme, ¿en qué consiste que vuestros labios pronuncian con frecuencia el nombre de Antonieta?

—Era mi nombre. Me le habian dado como á la reina, porque. . . .

—¡Por qué?. . . . ¡Oh! proseguid, os lo suplico; estoy impaciente por saber quién sois.

—Porque la reina era mi madrina...

—¡Dios mio! . . . ¿á quién encuentro yo aquí, con ese tosco trage, y en estos sitios tan agrestes?. . . ¡Destino, cuán crueles son tus juegos!. . .

—Menos crueles aún que los hombres, monseñor. Mi madre era camarista de la reina María Antonieta: era hermosa. Vos debeis de haber visto esa tez de una blancura admirable, y esa espresion indefinible de nobleza, que solo se encuentra en las antiguas familias de Normandía. Un príncipe de la sangre concibió una ciega pasion por mi madre, que tuvo la debilidad de amarle á su vez y debió ocultar conmigo su desgracia, acu-

(1) *La saga cuya traduccion damos aquí, fué recogida en 1844 y 1845. Así es, que el pasage que subrayamos, no ha podido incluirse en ella despues del suceso.*

diendo á la fuga. Veinte billetes nos persiguieron de asilo en asilo, con esta palabra fatal: "*Venganza.*"

(*Continuará.*)

UN DESAFIO.

El lance que vamos á referir ocurrió pocos años antes de la muerte del último monarca. Varios oficiales de uno de los regimimientos de infantería de la guardia real, se hallaban una tarde de primavera á la puerta del cuartel del Hospicio esperando la hora de la lista, y formando corro hablaban de cosas indiferentes. Recayó la conversacion sobre la fidelidad de las mugeres, y á este propósito se dijeron unos cuantos disparates propios de jóvenes y de militares. "Desengáñense vdes., señores, dijo un capitan tan veterano en campañas de amor como de armas; no debe fiarse de ninguna; yo al menos no me atreveria á responder de la mas santa.—Pues yo sí, replicó vivamente un alférez jóven; hay en el mundo una muger de quien yo respondo.—¡De tu querida? dijeron todos á la vez.—No, de mi hermana.—Eso se comprende perfectamente, añadió otro alférez jóven tambien y amigo íntimo del primero: de tu hermana puede responderse porque es muy fea"

Esta broma produjo un desafío entre los dos amigos, sin que bastara á cortarlo la intervencion de los demas compañeros; en el acto se nombraron los padrinos de entre los mismos del corro y se convino en la hora de las cinco de la mañana del dia siguiente, fuera de la puerta que hoy se llama de Bilbao, y entonces se llamaba de los Pozos. A la hora antedicha todos estaban puntualmente en el lugar de la cita; los padrinos intentaron de nuevo un arreglo amistoso fundados en lo trivial del motivo; pero no hubo medio de reducir á razon á los dos antagonistas. "Queremos batirnos, y batirnos á muerte," dijeron los dos á la vez quitándose las casacas y desenvainando las espadas. Al propio tiempo un pobre diablo derrotado y mal vestido se aproximó á los padrinos y con voz lamentosa: "Señores oficiales, dijo, soy un pobre artesano cargado de familia; y si quisieran vdes. . ."

--Déjenos vd. en paz, buen hombre, replicaron los testigos; está vd. viendo que se van á romper la crisma, y cree que estamos de humor de dar limosna.--No es limosna lo que pido, replicó el menestral, sino que yo soy un pobre carpintero con ocho hijos y mi muger enferma; y como he oido que esos señores se van á matar uno á otro, me ha ocurrido suplicar á vdes. que sea á mí á quien encarguen el ataud. . . ."

Al oir estas palabras los dos que iban á batirse, y que ya estaban en guardia, soltaron una carcajada, se miraron uno á otro, y simultáneamente tiraron los sables y se alargaron la mano. "Bravo, gritaron los padrinos, eso es mucho mejor que jugar la vida por una fruslería." Una hora mas tarde los cuatro oficiales daban pruebas nada equívocas de querer vivir en la fonda de Perona, que tenia en aquella época el privilegio esclusivo de intervenir en todos los acontecimientos solemnes, inclusos los desafíos.

Uno de los padrinos, que nos refirió el lance, hace ya bastante tiempo, nos dijo que la peticion del carpintero habia sido una estratagema de ellos con objeto de evitar que se verificase el duelo, y que la idea no era tampoco nueva, pues la habian tomado de otro lance parecido que ocurrió en el ejército de Napoleon. Lo que ignoramos es si los antagonistas llegaron á saber la verdad, y agradecieron como debian el celo de sus testigos.

VARIEDADES.

VIAGES Y AVENTURAS DE LUIS FELIPE.

(CONCLUYE.)

Cuando llegamos al Havre "Antonieta, me dijo mi madre, es necesario abandonar la Francia, porque en vano buscaremos en ella el reposo. Vámonos al puerto y entremos en el primer buque en que quieran recibirnos. Nos admitió á bordo un honrado piloto, sin informarse de nuestro nombre, ni del objeto de nuestro viage, y algunas semanas despues llegamos á una ribera de que jamas habiamos oido hablar, estábamos en Finlandia, en Uleaborg.

---¡Y los billetes, los billetes? esclamó el duque de Orleans.

---¡Los billetes?. . . . ¡gran Dios! ¿para que hablar de ellos? Mi madre muy amada, hace cuatro años que duerme en eterno sueño en el cementerio de Uleaborg. A mí, pobre y desvalida jóven, me ha recogido el bondadoso Tuiska, me ha consolado, y en estos desiertos cubiertos de nieve, me sirve de padre.

Tomad este medallon, príncipe mio, prosiguió Toini; es la única herencia que he recibido de mi madre; es mi mayor tesoro: encierra un pedazo de la verdadera cruz. Mientras lo lleveis sobre vuestro corazon no temereis ni al agua, ni al fuego, ni al aire, ni á las balas, ni al puñal de los asesinos.

---Gracias, hija mia, este medallon querido no me abandonará un solo instante de mi vida. Pero dejadme tambien ver las cartas.

---¿Por qué os poneis pálido, príncipe mio? Ved ahí los billetes. . . . los llevo siempre conmigo. En ellos hay envuelto un rizo de los cabellos de mi madre, de mi pobre madre!. . . .

El duque de Orleans tomó las cartas y las abrió con avidez.

—¡Oh infierno! esclamó, *¡es la letra de mi padre!. . . .*

Al regresar de incógnito de Filandia á Noruega, el príncipe proscrito se creyó vendido y perdido. En las cercanías de Cristianía, un cochero comenzó á gritar: *el carruage del duque de Orleans.* El príncipe, bastante dueño de sí mismo, observó que felizmente aquel hombre no le miraba, y le preguntó como simple curiosidad por qué decia aquello.

---Cuando yo estaba en París, le contestó el cochero, sin conocerle, nunca salia del teatro de la Opera sin oir gritar: *el coche del duque de Orleans.* Me he acordado de esa voz, y la he repetido sin objeto alguno. El príncipe respiró y prosiguió su camino.